

TEATRO

El Brujo y la secta del 'Quijote'

El actor cordobés teje una realidad mágica en torno a la novela cervantina en *El caballero de la palabra*, un *one-man-show* desopilante que representa en Madrid.

JAVIER VALLEJO

Para evitar su expulsión masiva de Granada, algunos moriscos urdieron un ardid: escribieron un evangelio falso proárbabe (los libros plúmbeos) que atribuyeron al apóstol Santiago, lo enterraron en el Sacromonte e hicieron que unos obreros lo encontraran casualmente. El arzobispo de Granada consideró este evangelio palabra de Dios, y dos juntas de teólogos lo declararon auténtico, en contra de la opinión de los eruditos. Miguel de Luna, coartífice de la falsificación, era autor de *La verdadera historia del rey don Rodrigo*, falsa también. Para acreditarla, De Luna aseguró que era traducción fidedigna de un manuscrito antiguo. Cervantes, que anduvo por Granada en 1594, parodia la impostura de Miguel de Luna cuando atribuye el *Quijote* al autor morisco Cide Hamete Benengeli, nombre que, probablemente, oculta el suyo: Cide (Señor, en lengua árabe) Hamete/Ahmed (Miguel) Ben-engeli (Hijo de ciervo, cervato, Cervant-ez). En *El caballero de la palabra*, espectáculo inspirado en el *Quijote*, Rafael Álvarez, *El Brujo*, reinventa las cir-

cunstancias en que el libro fue escrito, interpreta su significado y le atribuye una autoría colectiva, sin dudarlo. El actor cordobés dice haber hallado en el monasterio de Siles un códice del siglo XVI donde se cuenta la historia del ingenioso hidalgo, varias décadas antes de que Cervantes diera su libro a la imprenta. ¿Sus autores? Cinco juglares nómadas de una secta empeñada en aunar las tres religiones. Fueron encerrados y puestos en tormento por herejes. El *Quijote* primitivo era su Biblia, su libro filosófico: una gran metáfora. ¿Más pruebas? Baracka, contador de historias argelino, descendiente de una familia mozárabe expulsada de Córdoba y maestro de El Brujo, narra la historia ancestral de un caballero loco idéntico a Alonso Quijano.

El caballero de la palabra, que se representa hasta el 31 de octubre en el Teatro Infanta Isabel, de Madrid, es un espectáculo divertido, concentrado y ritual. El Brujo, vestido de sefardí por Elisa Sanz, actúa descalzo sobre un tapiz de arena blanca ondulada, a la luz de cinco candelabros con estrellas de ocho puntas: "Son un homenaje a aquellos cinco protomártires", dice. Siempre solo, interpreta una



Rafael Álvarez, 'El Brujo', en su representación de 'El caballero de la palabra'.

docena de personajes: al ingenioso hidalgo le pone la voz exacta de Fernando Fernán-Gómez. Sale a escena salmodiando el comienzo de la novela, puntuándolo con ritmos flamencos, casi bailándolo. Pronto, lo interrumpe para dar su

opinión. Mezcla lo cierto con lo fantástico, conduce al público por donde quiere y arranca una carcajada en cada vericuetu. Sus alusiones a la actualidad son comedidamente incorrectas. Pone el dedo en la herida, sin sacar los pies del

tiesto. Ironiza sobre el Cuarto Centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* y hasta se atreve a dudar de la existencia de Cervantes. Dice cosas al respecto que aquí, sobre el papel, no se sostendrían, pero allí, sobre la escena, son una ficción hermosa y siempre en trato carnal con la realidad, una elaboración poética tan risueña e improbable como aquel episodio de los evangelios apócrifos, refundido por Dario Fo, donde Cristo, de niño, hace volar los pájaros de barro moldeados por sus amiguitos. En *Misterio bufo* y, sobre todo, en *San Francisco Juglar de Dios*, comedias unipersonales de Fo, está el modelo de *El caballero de la palabra*. Fo y El Brujo son surfistas de la escena. Da gusto dejarse ir con ellos. Quedan en los antipodas de la corrección política, como Rubianes, otro llanero solitario.

Esta función viene dando que hablar. Alguno ha entendido al pie de la letra lo de que "Cervantes no existió", y se ha puesto a rebatirlo! "El teatro es una mentira sagrada que revela la verdad", dice El Brujo, desdoblándose, tras acuchillar los pellejos de vino. No se puede dejar más claro. El códice de Siles que menciona El Brujo y los cartapacios de Hamete Benengeli, descubiertos por Cervantes están en el mismo nivel de realidad. El actor improvisa sin cesar: he visto dos funciones, y lo igual lo hace distinto. Hoy arranca carcajadas donde nadie se rió ayer. En una función, logró que los espectadores nos sintiéramos como en casa de un amigo. En el clímax, suena un teléfono móvil. "Si es para mí, no me puedo poner. Si es para usted, cójalo... ¡pero no retransmita todo el espectáculo!".

"Mein camp"

Puro teatro

Marcos Ordóñez

Los productores es una catedral de palillos usados, un globo aerostático de chicle, un banquete en un restaurante chino. En los descreídos años setenta, Susan Sontag acuñó el término *camp* para designar una sensibilidad nacida de materiales extremos, en los antipodas de la mesura y el "buen gusto", pero centrifugados y convertidos en máquinas de placer. Mel Brooks es al humor *camp* lo que Robert Aldrich al melodrama gótico o William Castle al cine de terror: un monarca absoluto. Mel Brooks es judío, y hablar de "humor judío" es hablar de *chutzpah*, un concepto mucho más antiguo que el *camp*, traducible como descaño sin culpa o desfachatez radical. A primera vista, *Los productores* contiene algo para molestar a todo el mundo. Su ironía antinazi avanza con la sutileza de una motosierra, sus personajes no pasarían el examen del más tronado *burlesque*, sus números musicales parecen copias de copias, acumuladas en la glotonía memoria auditiva de Brooks. Sin embargo, funciona maravillosamente: es, en jerga de Broadway, un rotundo *crowd-pleaser*, un artefacto capaz de complacer a todos los públicos. A estas alturas ya conocen de sobra la historia. Un mangante hiperbólico y su pusilánime escudero se disponen a dar el gran golpe: producirán el peor espectáculo del mundo con la pasta de quinientas ancianitas ninfómanas. La función, según sus planes, se irá a pique en la noche del estreno y ellos huirán a Río con

el botín de sus inversoras. Cuentan con el peor director de la ciudad, un elenco de todo a cien, y una obra vomitiva cuyo título no puede ser más expresivo: *Primavera para Hitler*. Sin embargo, su invento se convierte en el mayor éxito de todos los tiempos. El paralelismo entre significativo y significado, que diría un pelma, es tan obvio que he estado a punto de titular esta crónica 'Yo fui una ancianita ninfómana'. Todos somos ancianitas ninfómanas, desplumadas y pidiendo más, en manos de Mel Brooks: nos encanta que nos lleve al huerto con sus mañas. Hay otro pedazo de metáfora en el bajo vientre de *Los productores*. La descastadísima sátira del poder *gay* en Broadway, emblematizada por el director Roger de Bris y su banda de *locas*, encubre el mensaje conceptual: ellos, quintaesencia del *camp*, son quienes transmutarán la basura en oro, la gaseosa en champán. *Los productores* sólo puede hacerse así, en estado de pura eferescencia: ésa es la palabra clave para definir el montaje que acaba de presentarse en el Coliseum de Madrid. Felicidad en vena, y por tres viales simultáneos. No llega todas las noches al torrente sanguíneo la certidumbre de que a) la producción funciona de fábula, b) va a eternizarse en cartel, y c) pasa la definitiva prueba del nueve: el mismísimo Mel Brooks, en la butaca vecina, contempla a los actores con los ojos aclaraboyados de gozo. Y no es amor de padre: la versión española de *Los productores*, dirigida por BT McNicholl, le da cien vueltas a su homónima inglesa, y la traigo a colación porque les cae más cerca si quieren comprobarlo. Lo que en el Drury Lane parece un episodio alargado con Viagra del *show* de Benny

Hill, aquí es un Joven Frankenstein de Chueca con todas sus partes cosidas a mano. La escenografía, firmada por Jon Berrondo, no tiene nada que envidiar a la de Broadway y el West End; la orquesta, dirigida por Santiago Pérez, suena de perlas; las coreografías de Karen Bruce relumbran, el ritmo es agilísimo, y los cantables en español, eterna asignatura pendiente, están traducidos con experta malicia por Xavier Mateu. *Los productores* también cuenta con algo inusual: un elenco de verdaderos ac-

A propósito de Los productores, de Mel Brooks, estrenada en el Teatro Coliseum de Madrid

ttores, que juegan como niños sabios, se lo pasan bomba y contagian su alegría. José Mota es la gran revelación del espectáculo, un Leo Bloom que recuerda a un joven Manuel Galiana, cantando y bailando con ángel y chispa. El imponente Fernando Albizu (Revelación/Confirmación Bis) hizo exclamar a Mel Brooks: "Si sabe inglés, me lo llevo a Broadway", y no es para menos: su composición de Franz Liebkind, el nazi tarado (redundancia) que escribe *Primavera para Hitler*, está trenzada con los gloriosos mimbres de Zero Mostel, y su número *Haben Sie Gehört Das Deutsche Band?* es un *showstopper* como la copa de un pino. La eferescencia *camp* en estado puro corre a cargo de un doble terremoto: Miguel del Arco, formado en la CNTC (y Javert en *Los Misera-*

bles) es un arrasador Roger de Bris, y Ángel Ruiz interpreta a Carmen Ghia, su mano derecha (e izquierda), como si el espíritu del Joel Grey de *Cabaret* hubiera poseído a Octavio Aceves. Cerrando el repóquer, Dulcinea Juárez (Yum Yum en *El Mikado*) es una Ulla perfecta: espectacular en todos los sentidos, exhala la magia de las Grandes Rubias del cine sin un solo átomo de la bobería que les confiere el cliché. Santiago Segura, indiscutible motor del proyecto (gracias desde aquí) le ha echado un par: no debe ser cosa fácil debutar en teatro con un personaje del calibre de Max Byalstock y teniendo al padre de la criatura en la fila siete.

Segura no es un cantante pero tiene gracia y oído, y saca adelante números tan puñeteros como el enrevesado soliloquio de *Traición*: tampoco a Rex Harrison le hubieran contratado en el Covent Garden y ha pasado a la historia como el profesor Higgins. El arquetipo de Torrente era una bestia a abatir, y quizá por eso Segura se ha ido un poco hacia el extremo opuesto: si de algo peca su trabajo como actor es de una contención excesiva, que en la noche del estreno rozó el envaramiento. Como debutante tiene la gran suerte de contar con la tutela de un director con toneladas de oficio y unos compañeros de postín, con los que puede medirse, aprender y crecer día a día. Segura se sabe su personaje al dedillo y lo controla técnicamente, pero le falta soltarse, insuflarle su propia autoridad y bajarlo al público. No me extrañaría nada que, cuando lean ustedes estas líneas, a una semana del estreno, el gran salto ya se haya producido: es la guinda que le falta a este formidable pastel.